

refugiarse con sus tesoros en el Egipto, que volvió á ser, como en tiempo de Húlagu, el áncora de salvacion de la carcomida nave del Asia occidental mahometana, batida por la tempestad tártara.

A la sazón hacia tiempo que los descendientes de Kilawun habian concluido su papel en Egipto. En las contiñas revoluciones de palacio habia adquirido importancia con los últimos sultanes bahiritas el emir Barkuk, mameluco cherqués. Su primera tentativa para apoderarse del trono del sultan Hadyí II, de menor edad todavía, habia dado lugar á siete años de guerra entre los grandes del país para acabar por el restablecimiento en el trono del desposeído, pero á los seis meses ocupólo definitivamente Barkuk, que reinó desde el año 792 (1390) en Egipto. En 794 (1392) se apoderó tambien de la Siria, cuyo enérgico emir Timurboga Mintasch solo pudo ser vencido á traicion despues de una larga y tenaz resistencia, y fué luego muerto por orden de Barkuk. Este no era persona insignificante, pero aunque valiente y alevoso como todos los mamelucos, no llegó como político ni con mucho á la altura de su gran predecesor Bibars. No dejó de conocer que para oponer un dique á los progresos de Timur del lado del Oeste era necesaria una union firme de todas las fuerzas del Egipto y de la Siria con los turcomanos aguerridos, los borregos negros y blancos, los osmanes, entonces ya poderosísimos en el Asia Menor, y finalmente con Toctamysch, que estaba reponiéndose de su derrota; pero creyó hacer bastante dejando que se inutilizasen unos tras otros estos aliados valiosos contra las fuerzas tártaras antes de tomar una parte activa en la lucha. Mientras vivió pudo parecer todo bien; pero despues de su muerte, ocurrida en el año 801 (1399), su hijo Faradsch, que reinó desde el citado año hasta 815 (1412), pagó el egoísmo míope de su padre con la pérdida de la Siria y si no fué atacado el Egipto lo debió á la muerte que sobrevino á Timur. Barkuk tuvo, no obstante, la prudencia de dispensar buena acogida á Ahmed Ibn Oweis, cuando huyendo de los tártaros por el camino de Alepo y Damasco llegó en 795 (1393) al Cairo. Túvole como huésped en su corte hasta que se ofreció una ocasion favorable para restablecerle en su trono, la cual no tardó en presentarse. Bagdad se habia entregado sin resistencia á Timur, que conquistó en los años 795 (1393) y 796 (1394) todo el Irak y toda la Mesopotamia, y castigó á los borregos negros, gobernados por Kara Yusuf, sucesor de Kara Mohammed, muerto el año 791 (1389), asolando horrorosamente la Armenia y la Georgia. Timur, despues de la ocupacion de Bagdad, habia escrito cartas insolentes á Barkuk, que le habia contestado de la misma manera; pero antes de que pudiera dirigir sus ataques á la Siria tuvo que volver al Norte para combatir á Toctamysch, que repuesto ya enteramente habia atacado Kahirwan, cuyo soberano se habia puesto ya antes bajo la proteccion del conquistador. Cerca de la actual ciudad de Yekaterinograd, al Sur del rio Terek, sufrió Toctamysch en 797 (1395) una derrota capital, peor que la de Kandurcha, y de la cual no se repuso ya mas. Las hordas victoriosas cometieron, segun su costumbre, indecibles atrocidades, esta vez en el territorio propio de la horda de Oro, es decir, en el país situado entre los ríos Volga, Don y Dnieper hasta muy adentro de la Rusia (1), y despues Timur sentó en el trono de Kipchak á Koyridschak Oglan, hijo del khan Urus, que tenia un numeroso partido en la horda de Oro, con lo cual logró su objeto de reducir á la impotencia al ingrato Toctamysch. Este pasó el resto de su vida fugitivo y errante acogiéndose primero al príncipe Witowt de Litua-

(1) Véase Schieman: *Rusia, Polonia y Livonia hasta el siglo xvii*.

nia, vagando despues por el interior de Asia y siendo finalmente asesinado al cabo de siete años de esta vida.

Timur pasó el invierno del año 798 (1396) devastando la Georgia cristiana, para probar su celo por la causa del Islam, y haciendo otra expedicion al delta del Volga. En el verano del mismo año 1396 regresó á Samarcanda, á fin de reunir allí nuevas huestes para las nuevas empresas que meditaba, despues de haber dejado en el Oeste á Miran Schah con algunas fuerzas encargado de conservar las conquistas hechas. Pero apenas se hubo retirado cuando los borregos negros, acaudillados por Kara Yusuf, se movieron en Mesopotamia (2); tambien salieron á campaña beduinos árabes del desierto de Siria, y con el auxilio de unos y otros Ahmed Ibn Oweis logró apoderarse otra vez de Bagdad, donde reinó cerca de dos años en calidad de vasallo del sultan de Egipto. Miran-Schah combatió con tan poco resultado contra Kara Yusuf, alrededor de Mosul, que hasta los ortokidas de Maredin, que segun su costumbre se habian sometido á Timur sin dificultad, juzgaron prudente hacer amistad con los turcomanos y los egipcios. Así pasaron cuatro años, durante cuyo tiempo se vió que la capacidad anterior de Miran-Schah habia menguado mucho, lo cual atribuyeron los aduladores de la familia al golpe que en una caída recibió en la cabeza; pero el movimiento iniciado por los sublevados no se comunicó á la Persia, y Timur pudo entretanto, sin gran cuidado, dedicar su atencion á otro país en el cual hasta entonces no la habia fijado. No hay que perder de vista, para comprender bien las empresas de Timur, que el objeto principal de todas era para él y sus tártaros el botín. La Persia y los países del Cáucaso estaban reducidos á la miseria por los continuos saqueos, y mientras nada habia ya que buscar en ellos, los ocupados por los mamelucos y los osmanes ofrecian una gran cosecha. Esto explica por qué Timur siguió súbitamente esta pendiente.

La India, á la cual desde algun tiempo hemos perdido de vista, y cuyas vicisitudes solo podremos comprender en conjunto mas adelante, no habia quedado del todo libre de invasiones mogolas, aun despues de la retirada de Gengis-Khan. En todo este tiempo las hordas de Chagatai habian pasado once veces al Pendyab por los desfiladeros de Cabul y Gazna, y no pocas veces se vieron muy apuradas por esta calamidad las tres ó cuatro dinastías turcas que sucesivamente reinaron en aquel período en Delhi; pero estas invasiones nunca habian tenido consecuencias trascendentales, porque en el desmembramiento rápido del imperio de Chagatai solo hicieron algun papel activo las provincias de Balh y Gazna, cuyas fuerzas, no obstante su libertad de accion entre los hulaguidas y los khanes del Este, eran relativamente insignificantes para realizar la conquista de tan dilatado imperio, tanto mas cuanto que los soberanos de la India disponian hasta mediados del siglo xiv de fuerzas muy respetables. Esto habia cambiado en tiempo de Timur; los sultanes habian ido perdiendo su autoridad en las provincias mas apartadas; el Dekhan y Bengala se habian hecho reinos independientes, y cuando despues de la muerte de Firuz Schah en 790 (1388) sus hijos y nietos, ó mejor dicho, los magnates, sentaron tan pronto á un pretendiente como á otro en el trono, y malgastaron sus fuerzas en luchas intestinas y frecuentes cambios de soberano, introdujose tambien el des-

(2) Segun algunos autores tambien en Armenia (Weil: *Historia del califato abasida en Egipto*, II, pág. 5); véase tambien lo que dice el cronista armenio en la obra de Nève: *Exposé des guerres de Tamerlan et de Schah-Rokh*, Bruselas, 1860, págs. 63 y 68. Conviendría poner este punto en claro con investigaciones especiales consultando tambien las crónicas sirias (Behnech: *Rerum seculo quinto decimo in Mesopotamia gestarum liber*, Breslau, 1838).

orden en las provincias centrales del alto Ganges y del Pendyab. Las noticias que de la India llegaron á oídos de Timur excitaron su codicia y le indujeron á hacer una expedicion de pillaje en grande escala al otro lado del Indo antes de proseguir sus empresas en el Oeste. Realizó este proyecto en el año 800 (1398), y su modo de proceder prueba que no pensó en hacer una conquista permanente. Penetró en la India en la estacion cálida, que obligó á sus tártaros á quedarse lo mas posible en la region mas septentrional. Los puntos mas meridionales que vieron las hordas invasoras fueron Multan, ciudad que Pir Mohammed, nieto de Timur, habia ocupado ya el año anterior, y Delhi; pero no por eso dejó de padecer horriblemente el país situado entre estas ciudades y el Himalaya. En sus memorias el mismo Timur, ó el que escribió en su nombre la relacion de esta campaña, refiere con la mayor sangre fria que siendo en extremo molesto para el ejército llevarse todos los prisioneros hechos en los combates con la poblacion belicosa del Pendyab, 100,000 de estos prisioneros fueron degollados un día al aproximarse á la capital. La suerte de Delhi no fué menos horrible. Esta ciudad, que algun día habia rivalizado en opulencia y ostentacion con la antigua Bagdad, habia sufrido ya mucho en tiempo de los últimos sultanes turcos á consecuencia de la ineptitud de estos soberanos, pero á pesar de esto continuaba siendo la primera ciudad de la India por el número de sus habitantes y por su riqueza. Habiendo quedado vencido el sultan Mahmud ante las puertas de la ciudad, y habiéndose salvado á duras penas huyendo á Gudzerat con su mayordomo Mellu Ikbalkhan, entregóse Delhi al vencedor sin resistencia; pero algunas riñas entre las tropas de Timur y varios soldados indoturcos que se habian quedado allí sirvieron de pretexto para cometer las atrocidades de costumbre, incendiando, matando y saqueando. Curiosa es la relacion que de estos horrores hace Timur en la citada memoria: «No por orden ni deseo mio, sino por la voluntad de Dios, han sido entrados á saco los tres distritos de Delhi, llamados Siri, Schahan-pinah' y la vieja Delhi. La lotbe de mi soberanía (1), que promete proteccion y seguridad, se habia recitado en la ciudad, de suerte que era mi formal deseo preservarla de todo mal; pero Dios habia dispuesto que habia de ser devastada, á cuyo fin inspiró á los habitantes la desobediencia, de modo que ellos mismos se atrajeron el destino que era inevitable.» Los que consideren esta hipocresía demasiado monstruosa, deben recordar que todavía hoy se hace con frecuencia responsable á Dios de las atrocidades que cometen los hombres. Aquel día funesto, el 18 de diciembre de 1398 (8 de Rabí II de 801), dejó Delhi de ser la capital celebrísima y brillante de la India mahometana. En tiempo de los sultanes posteriores era solo sombra de lo que habia sido antes de que los últimos reyes afganes la rebajaran por mucho tiempo á la condicion de ciudad de provincia. Timur, una vez logrado su objeto, es decir, habiéndose provisto él y su gente de abundantes tesoros y prisioneros, emprendió la marcha de regreso. Despues de su marcha, un emir traidor de Multan, llamado Jisr-Khan, que habia prestado auxilio á los feroces invasores, aumentó sus dominios y llegó á posesionarse de Delhi. Este hecho ha dado lugar al concepto equivocado de que este emir y algunos sucesores suyos fueron en la India lugartenientes de Timur y de sus descendientes, pero no hubo tal cosa (2); los tártaros habian en-

(1) La oracion por la salud y prosperidad del soberano que se reza en las mezquitas y que supone la legitimidad del mismo y su reconocimiento por la poblacion.

(2) Véase Thomas: *The Chronicles of the Pathan Kings of Delhi*, Londres, 1871, pág. 328. Jisr-Khan envió en 814 (1411) una embajada

trado en la India como las nubes de langostas y habian desaparecido como éstas despues de haberlo devorado todo hasta dejar el país desnudo; todo fué matanza y destruccion sin la menor tentativa de crear algo nuevo.

Tan pronto como Timur hubo vuelto á Samarcanda ocupóse en impulsar sus proyectos relativos al Oeste, donde las cosas habian tomado un aspecto amenazador. El sultan de Egipto, Barkuk, habia pasado á mejor vida en 801 (1399); Ahmed Ibn Oweis, odiado por sus crueldades, se sostenia en Bagdad difícilmente con el auxilio de los borregos negros de Kara Yusuf. Esto eran buenos auspicios para Timur, el cual no podia considerar muy temibles á Kara Yusuf y su gente. Tampoco eran circunstancias desfavorables la destitucion y la muerte de Burhan-ed-din de Siwa por los turcomanos y borregos blancos acaudillados por Kara Yelek (3) ú Osman, que era su nombre mahometano. Pero se presentó en la escena otro adversario que parecia poder contender mejor que todos los demás monarcas hasta entonces con el terrible conquistador. Era el sultan Bayaceto, que en los años 792 (1390) hasta 795 (1393) agregó la mayor parte de los emiratos pequeños al imperio de los osmanes. Este imperio, que en el Asia Menor y en Europa habia subido á la categoría de gran potencia con la victoria sobre los servios en la llanura de Kosowopolle (4) en el año 791 (1389), llegó en el Asia á confinar con la Armenia y Mesopotamia. Timur pretendia la soberanía de estos países, cuando Bayaceto I, cediendo á las súplicas de los habitantes de Siwa, se posesionó en el año 801 (1399) del país entre Ersingan y Malatia hasta el Eufrates. Esto era un reto directo para Timur, que habia tomado bajo su proteccion á Ersingan, la cual en rigor formaba parte de Armenia. A esta provocacion se agregaron otras. Cuando Timur en el año 802 (1400) entró con una innumerable hueste en el Aderbidyan y despues de devastar de la manera acostumbrada la Georgia, emprendió la marcha sobre Bagdad, huyeron Ahmed Ibn Oweis y su aliado Kara Yusuf y se refugiaron cerca de Bayaceto, que los acogió solícito, mientras varios emires del Asia Menor destronados por el sultan pasaron al campamento de Timur, á quien presentaron sus quejas contra aquel. Las negociaciones diplomáticas que con estos motivos se originaron entre los dos monarcas, de fuerzas casi iguales y que de todos modos no cedian uno al otro en altanería, no fueron nada ambiguas, y sin embargo pudo observarse en esta ocasion que Timur, en lugar de proceder como siempre con decision, vacilaba, porque preveía que la lucha que se preparaba debia ser la mas seria de su vida. Bayaceto disponia de las fuerzas de toda el Asia Menor y de una gran parte de la península balcánica, cuya poblacion servia le daba los mejores soldados de su ejército; en valor, arrojo y energía rivalizaba con Timur; éste se encontraba en el confin occidental de su vasto imperio, entre pueblos sometidos y martirizados por él, que á la primera derrota de su conquistador y verdugo fácilmente podrian sublevarse y aniquilarle; pero Bayaceto carecia de una cualidad inapreciable en un general, mientras su contrario la poseía en el mas alto grado, á saber: la cautela, que sobre todo impide el menosprecio de las fuerzas del adversario.

con su homenaje de vasallo á Schah-Rokh, hijo de Timur (véase *Noticias et Extraits*, XIV, 1, Paris, 1843, pág. 196); pero otros príncipes de la India se habian declarado tambien vasallos de Timur para librarse de sus ataques, y estas demostraciones puramente de forma fueron, como otras demostraciones de pura cortesía, tomadas como triunfos serios y positivos por los panegiristas de los timuridas, y la misma tendencia tiene la relacion de Abd-er-Rasak en las *Noticias et Extraits*.

(3) Ilük ó Eiluk dice Ibn Arabschah en la *Vita Timuri*, edicion Manger, I, pág. 522.

(4) En Servia, al Oeste de Prichtina, al pié de la falda septentrional del Schardaj.

Seguro Bayaceto de la fidelidad y valor de sus tropas victoriosas, no creyó necesario hacer en el Asia Menor preparativo alguno para recibir vigorosamente al poderoso enemigo y se quedó muy tranquilamente en Europa para llevar a cabo la conquista de Constantinopla, a la cual estaba sitiando desde algún tiempo. En esto recibió súbitamente la noticia de que Timur á principios del año 803 (1400) había pasado el Eufrates y había tomado por asalto la plaza de Siwa, en cuya ocasión dicen fué hecho prisionero y muerto después un hijo de Bayaceto (1). Aunque no fuese por este motivo, le sobraban otros para concentrar todas sus fuerzas contra el temible enemigo; pero mientras ponía sobre las armas y reunía sus tropas en Europa y el Asia Menor, determinó Timur, antes de penetrar mas en la península asiática, asegurar su flanco izquierdo, muy expuesto á ser atacado por los mamelucos. Por otro lado quedaba también Bagdad siendo un peligro, porque allí estaba todavía un lugarteniente de Ahmed Ibn Oweis encargado de la defensa, y finalmente no podía fiarse de los soberanillos de Mesopotamia, conforme le había ya enseñado la experiencia. A fin de tener á estos últimos sujetos se sirvió Timur de los borregos blancos, cuyo jefe Kara Yelek estaba muy irritado contra Bayaceto y se encargó muy contento de guardar la fortaleza de Malatia, que los tártaros habían tomado sin gran esfuerzo. Así se propuso Timur arrojarse con su ejército, en otoño de 803 (1400), sobre la Siria, cuya conquista le resultó mas fácil de lo que había creído.

Faradsch, el hijo de Barkuk, cumplía á la sazón quince años, y sus emires acababan de destrozarse mutuamente con tanta saña que por poco quedó separada la Siria del imperio egipcio, el cual estuvo también á punto de desmoronarse completamente. Cuando Timur emprendió la conquista se había restablecido momentáneamente la paz interior, pero todavía quedaban los odios entre los jefes y no había que pensar en una dirección enérgica de una defensa común contra el enemigo tártaro. Solo los emires de Siria se unieron para hacer frente á Timur delante de Alepo, pero no todos estaban animados de una resistencia heroica y así pudo quedar Timur dueño del campo; Alepo sufrió los horrores tártaros, las demás ciudades de la Siria del Norte fueron ocupadas sin gran dificultad, y á fines del año 803 (1400) estaba el conquistador á las puertas de Damasco, á donde habían llegado al cabo muy mohinos los egipcios con su joven sultán. Pero mientras se pasaba el tiempo en escaramuzas, volvió á brotar la desunión entre los emires, y algunos de ellos tuvieron el propósito, muy natural atendidas las circunstancias, de poner en lugar del niño soberano un hombre varonil y capaz. Cuando Faradsch y los que le rodeaban descubrieron lo que se tramaba, se dieron prisa en volver al Cairo, dejando la Siria en las garras del ogro tártaro. No había que pensar ya en hacer una resistencia eficaz. Damasco abrió sus puertas al conquistador y solo resistió la guarnición del castillo por algún tiempo. Difícilmente habrá tratado Timur otro país peor que trató á la Siria, evidentemente con la intención de hacer perder á los mamelucos y á sus súbditos toda idea de contrariar sus operaciones en el Asia Menor. Para justificar las atrocidades que sufrió Damasco, no faltaron á Timur pretextos religiosos. Se mostró siita indignado de la corrupción de los mahometanos ortodoxos y se divirtió cruelmente con los principales clérigos sunnitas proponiéndoles preguntas capciosas sobre las relaciones entre Alí y los califas legítimos que le precedieron.

(1) Hertzberg. Los autores orientales no dicen nada de esto. Véase también la *Historia del imperio turco* por Hammer, I, pág. 618, y la *Historia del califato abasida en Egipto* por Weil, II, pág. 81, nota 4. El nombre de Ertogrul no es mas que una suposición de Hammer.

Después concedió licencia á sus tártaros para robar y matar, mostrándose indignado de la corrupción del pueblo de Damasco, que por cierto no era peor que los turcos, y sobre todo que los persas, y de la impiedad de los omniadas. Finalmente se pegó fuego «sin quererlo» á la ciudad, la cual quedó reducida en su mayor parte á cenizas. La destrucción de la mezquita de los omniadas fué evidentemente obra premeditada. La antigua y venerabilísima iglesia de San Juan, que los árabes se habían contentado con destinar á su culto y que los turcos habían respetado después, era uno de los oratorios principales del Islam, á pesar de un incendio que había sufrido. Las hordas de Timur la devastaron é incendiaron después, dejándola en tan mal estado que su restauración posterior solo ha podido devolverle una pequeña parte de su belleza primitiva.

Los habitantes de la ciudad fueron degollados en masa á pesar de la capitulación. El resto del país fué devastado igualmente hasta donde confinaba con el Asia Menor.

Timur logró su objeto de una manera completa con tales medidas; los emires de Siria y de Egipto prefirieron hacerse otra vez mutuamente la guerra, ya que el gobierno había quedado mas debilitado todavía que antes con la vergonzosa huida del sultán Faradsch, y tuvieron buen cuidado de evitar en adelante todo conflicto con el formidable conquistador. En cuanto al sultán, soberano ya solo de nombre y que poco después, en 808 (1405), hubo de dejar su puesto por un año á uno de sus hermanos, fué hasta la muerte de Timur servidor sumiso de éste, y aun se supone, si bien no consta de una manera positiva, que obedeció sin réplica cuando Timur le intimó, en el año 805 (1402), que pusiera su nombre en las monedas si no quería ver invadido el Egipto (2).

Las hordas tártaras, habiendo pacificado á su manera la Siria, repasaron el Eufrates para someter de nuevo la Mesopotamia y Bagdad. Lo primero fué cosa fácil, porque los borregos blancos del país de Malatia eran un apoyo seguro, mientras los negros se encontraban en cierta manera imposibilitados por la prolongada ausencia de su jefe, Kara Yusuf, en el Asia Menor. Fué, no obstante, necesario, según parece, reducir de nuevo al orden á las bandas que merodeaban en Armenia, enviando contra ellas una columna volante, y al mismo tiempo fué castigado el ortokida por su deserción con la destrucción de Maredin, dejándole en su castillo fuerte para no perder tiempo en su sitio y conquista, ya que el ortokida no parecía al tártaro bastante temible. No sucedió así en Bagdad, cuyo dueño, el schelairida Ahmed, no quiso renunciar á la protección de Bayaceto. Su lugarteniente en Damasco, Faradsch, muy diferente del sultán de Egipto del mismo nombre, era hombre valiente, y á la cabeza de sus beduinos árabes y turcomanos no temía al diablo en persona. La hueste que Timur envió á la ciudad de los califas no fué admitida, y cuando el conquistador llegó en persona con mayores fuerzas encontró tan tenaz resistencia que solo al cabo de cuarenta días de asedio pudo sorprender á los defensores en un momento de descuido y penetrar en la ciudad el día mas solemne del año mahometano, el día del gran sacrificio, 10 de Zul-hidscha de 803 (22 de julio de 1401) (3), cumpliendo así el voto horrible

(2) Según Weil (*Geschichte des Abbasidenkalifats in Egipten*, II, página 97), solo hablan los historiadores de la corte persa de la exigencia de Timur y de la obediencia del sultán; pero ambas cosas tienen todos los visos de verdad, atendida la situación, pues habiendo entonces conquistado á Esmirna, difícilmente habría regresado al Este sin haber conseguido antes la sumisión formal de los mamelucos.

(3) Así lo dicen los cronistas árabes, que en este caso no merecen gran confianza, pues que la expresión que usan podrá ser inventada

que dicen había hecho de degollar personas en lugar de los corderos destinados al sacrificio. En Espahan mandó á cada soldado entregar una cabeza, pero en la toma de Bagdad se les exigieron dos para construir las pirámides de cabezas humanas; y como se necesitaron reunir 90,000 cabezas á toda prisa para las 120 pirámides que dicen fueron levantadas en esta ocasión, decapitaron á muchos prisioneros llevados de Siria, además de gran número de mujeres. El valiente Faradsch pereció con muchos de los suyos al querer bajar por el Tigris en lanchas. Renunciamos, según hemos dicho ya, á referir los horrores que acompañaron á estas guerras y pasamos á narrar el último triunfo con que coronó sus obras el terrible guerrero al fin de su vida, demasiado larga. Al dirigirse á sus cuarteles de invierno en Karabag, en el Aderbidyan, no dejó ni en sus flancos ni á sus espaldas contrario alguno de importancia, porque si bien Ahmed Ibn Oweis volvió á presentarse al poco tiempo en la devastada ciudad de Bagdad para reunir los restos dispersos de su ejército y hacer así una diversion á fin de favorecer los armamentos de Bayaceto, no inspiró tan débil esfuerzo ningun temor serio á Timur, el cual preparó con toda tranquilidad el golpe capital que pensaba dar á Bayaceto. Sin embargo, trató de hacer con éste un arreglo pacífico antes de emprender su proyectada campaña, porque con toda su energía y seguridad, que á pesar de tener cerca de 70 años conservaba íntegra, no era para él cosa baladí entrar en lid con el sultán que no sin fundamento tenía el sobrenombre de *el Rayo* (*Yildirim*) y que podía reunir y poner en campaña sus fuerzas, aunque menos numerosas que las de Timur, en cortísimo plazo, mientras que éste las tenía diseminadas por toda el Asia occidental desde el Eufrates hasta el Indo y el Yaxartes. Además, las últimas campañas en Siria y Mesopotamia habían costado á Timur mucha gente, y los emires, deseosos, mas que de fatigas de guerra, de disfrutar los tesoros que habían reunido á fuerza de rapiñas, mostraban menos prisa que antes en responder al llamamiento del conquistador. De todos modos convenía á Timur, como había hecho otras veces, reorganizar sus huestes en su país, la Transoxania, con tropas frescas (1). Por primera vez en su vida conservó su sangre fría cuando Bayaceto se apoderó de nuevo de Ersingan, fortaleza fronteriza, mientras el ejército tártaro estaba ocupado con Bagdad. Bayaceto volvió á instalar á título de gobernador en la citada plaza á su verdadero dueño, el príncipe Taherten, que supo sostenerse con mucha habilidad entre los dos grandes potentados. Timur no por esto renunció á tomar venganza, aunque no fuese sino para no quedar mal ante el mundo. Contra su costumbre, procuró obtener satisfacción por la vía diplomática, pero este ensayo no dió resultado; Bayaceto dejó pasar meses antes de contestar al mensaje de Timur, que entre otras cosas pedía la extradición de Kara Yusuf, el jefe de los borregos negros, y cuando al fin contestó negativamente y en términos descorteses, el khan tártaro se hallaba ya al Oeste del Eufrates acabando de tomar por asalto en su marcha de Siwa á Cesarea (2) una pequeña ciudad fronteriza turca. El ejército de Bayaceto se hallaba cerca de Tokat, á la derecha

para hacer aparecer mas grande la iniquidad de Timur. Los mahometanos persas celebran la fiesta citada el 27 de Zul-ka'ada (9 de julio).

(1) No creo yo que Timur en sus negociaciones con Bayaceto tuviera intención de llegar á una paz definitiva y permanente. Posteriormente emprendió la conquista de China, y por experiencia debía saber que mientras Ahmed Ibn Oweis y los borregos negros encontraran apoyo en los turcos osmanlíes, no podía contar con seguir en posesión tranquila de la Persia occidental.

(2) Véase para los detalles Hertzberg: *Historia de los bizantinos*, etc.

del de Timur; pero éste sabía que marchando sobre la capital, Brussa, Bayaceto le seguiría.

Cerca de Angora se encontraron los dos ejércitos uno enfrente del otro, y mientras el fanfarron sultán se fué de caza á la vista del enemigo sin tomar disposiciones tácticas ni cuidarse del descontento que cundía entre sus tropas, Timur aseguró sus posiciones aprovechando todas las ventajas. Según su costumbre invariable, sembró también el descontento en las filas enemigas, que además de las tropas turcas propiamente dichas y de los genizaros comprendían los contingentes de los pequeños Estados que diez años antes había anexionado Bayaceto á los suyos, y finalmente varias hordas de jinetes tártaros que se habían establecido en el Asia Menor cuando la anterior invasión mogola. Estos últimos prestaron atento oído á las insinuaciones que se les hicieron de pasarse al lado de sus hermanos á las órdenes de Timur, en cuyo campamento se hallaban también sus antiguos reyezuelos. En estas condiciones empezó la batalla decisiva á fines del año 804 (mediados de 1402). En el momento mas crítico, todos los tártaros y los contingentes del Asia Menor en su mayor parte se pasaron á las filas de Timur; el ala derecha de Bayaceto quedó deshecha, y mientras todos se dieron á la fuga, quedó Bayaceto impetrado en el centro á la cabeza de sus genizaros. Solo al llegar la noche y después de haber sucumbido estas tropas fieles consintió en abandonar el campo de batalla, pero en la huida cayó su caballo, y el sultán cuyo solo nombre había hecho temblar poco antes á Constantinopla fué hecho prisionero por los tártaros, que le perseguían. Así como en otro tiempo el emperador bizantino fué llevado ante el seldyucida Alp Arslan, del mismo modo Bayaceto fué presentado ante el khan tártaro (3). Poco importa averiguar si es verdad ó fábula lo que se cuenta de la entrevista y de las relaciones siguientes entre el vencedor y el vencido, ni si éste hubo de acompañar al primero metido en una jaula de hierro ó si la tal jaula era una litera enrejada; el caso es que Bayaceto, herido en su orgullo, no soportó mucho tiempo su prisión. Mientras las hordas tártaras asolaban el Asia Menor llevándolo todo á sangre y fuego, mientras destruían en gran parte á Brussa, la cuna del poder de los osmanes, mientras conquistaban de los caballeros de San Juan de Rodas la ciudad de Esmirna, cometiendo en ella atrocidades indecibles, y mientras la hija del sultán prisionero se veía obligada á dar su mano á un nieto de Timur, fué consumiéndose la salud de Bayaceto. Antes que su vencedor emprendiera su regreso al Este murió el sultán, llamado *el Rayo* por su impetuosidad, el 11 de Scha'aban de 805 (9 de marzo de 1403) (4).

No podía Timur pensar en extender sus conquistas al otro lado del Bósforo, porque á semejante proyecto se oponía la inmensa distancia de su propio país, fuente principal y núcleo de su poder, situado en el confín oriental del imperio. A esto se agregaba que antes de la guerra con Bayaceto, y previas algunas negociaciones, se habían hecho tributarios de Timur los dos emperadores bizantinos de Trebisonda y de Constantinopla con el objeto de librarse de su adversario turco; y como para los orientales tributario era lo mismo que vasallo, podía Timur jactarse de haber sometido á su cetro hasta á los enemigos hereditarios de su religión. Abandonó, pues, á sí mismos los restos del dominio de los osma-

(3) Véase Hammer: *Geschichte des osmanischen Reiches*, I, páginas 317 y siguientes, y Weil, II, pág. 96.

(4) Hammer dice el 8 de marzo, que corresponde al 13 de Scha'aban, el cual á su vez corresponde al jueves, día en que según el autor árabe murió Bayaceto.